

RESEÑA

Bulletin of Spanish Studies (University of Glasgow), LXXXIX 4, monográfico *Exploring the Print World of Early Modern Iberia*, ed. A. Wilkinson, junio de 2012, pp. 489-664. ISSN: 1475-3820.

CARMEN PERAITA (Villanova University)

DOI: <<http://dx.doi.org/10.5565/rev/anuariolopedevega.102>>

La publicación de *Iberian Books (IB)* supone un hito en el conocimiento de la producción impresa ibérica del siglo XVI. Este número monográfico del *Bulletin of Hispanic Studies* está dedicado a comentar la realización y características de *IB*, y la posibilidad de enfoques novedosos en campos relevantes del estudio del libro. Presenta algunos ejemplos de los temas, métodos y caminos que *IB* abre al investigador, y propicia el acceso a una información más completa y más sistemáticamente organizada y manejable de la que disponíamos hasta ahora.

IB, catálogo de títulos abreviados de libros ibéricos elaborado por el Centre for History of the Media de la University College en Dublín y publicado en 2010 por la editorial Brill (con una versión en línea integrada en el Universal Short Title Catalogue, en colaboración con la universidad de St Andrews), cubre la producción peninsular hasta 1600, aunque próximamente se ampliará hasta 1650. Los artículos incluidos en el *Bulletin* ilustran, desde perspectivas diversas y con énfasis distinto, algunas de esas direcciones de investigación: desde un punto de vista panorámico, se aborda el ámbito de la bibliografía, la producción y circulación de textos impresos (Wilkinson, Pettegree, García-Sempere y Wilkinson) y la dinámica de la impresión y el mercado de textos musicales (Knighton); a través del análisis de tres casos concretos —Andrés de Laguna, Cromberger e Ignacio de Loyola—, se estudian asuntos como la imprenta humanista en su relación con el mundo del patronazgo (Lahiff), un probable caso de *outsourcing* entre impresores (Griffin) y la lectura de libros de devoción (O'Reilly). Todos los trabajos se centran en la producción librera peninsular hasta 1601, además de un caso del Nuevo Mundo (Nájera).

Instrumento de trabajo crucial para comprender la naturaleza de la experiencia bibliográfica ibérica a lo largo del XVI, *IB* reúne información que se encontraba dispersa. La exhaustividad del registro, que incluye 19.900 entradas, permite realizar búsquedas por título, fecha, lengua, clasificación, lugar de publicación e impresor, y ha expandido en casi una quinta parte las bibliografías locales existentes. *IB* ofrece un mapa bastante completo de los volúmenes que sobreviven (el 25% de los libros en *IB* no están localizados en bibliotecas peninsulares). Cuando existen ediciones facsímiles o enlaces a reproducciones digitales, se proporciona la referencia.

Alexander S. Wilkinson («Exploring the Print World of Early Modern Iberia», pp. 491-506), director del proyecto, analiza la naturaleza y dimensión de los problemas con los que se ha encontrado y señala la dirección que se deberá seguir en un futuro próximo. Su estudio resalta la importancia que debe concederse al análisis de las decisiones comerciales, conscientes e inconscientes, de los impresores y libreros, dentro de un ámbito regional, nacional y transnacional. *IB* permite estudiar con precisión pautas de publicación en el ámbito hispano, y examinar una variedad de aspectos de la organización y funcionamiento del mundo del libro, desde los ritmos de producción, su expansión y altibajos, a la consolidación de ciertos centros impresores. Fenómenos relativos a la producción y el consumo que antes hubieran exigido búsquedas bibliográficas laboriosas ahora son rápidamente detectables. Posibilita, por ejemplo, identificar y localizar con agilidad toda la producción religiosa impresa en un lugar determinado en un periodo específico y compararla con una producción similar publicada en otros centros impresores. También se hacen visibles características anómalas, como el colapso de la producción librera en 1521-1522. Wilkinson muestra cómo la peculiar topografía de la imprenta peninsular es esencial para comprender las características de su producción. Antes de 1601 existían once centros impresores en la península, que producían las tres cuartas partes de la producción. Esa dispersión se acerca más a pautas de organización de Alemania e Italia, que a las de Francia o Inglaterra, donde las imprentas se concentraban en unas pocas ciudades, y por eso en España los productores de pequeña o mediana dimensión, separados geográficamente unos de otros, pudieron adaptarse mejor a las circunstancias cambiantes del mercado que si la estructura se hubiera apoyado en un grupo reducido de grandes productores.

Son reveladoras las cuestiones de producción contrastada, que nos permiten apreciar cómo el libro peninsular se compara con el de otros ámbitos europeos en la misma época. El cotejo de la producción con la de otras áreas despeja ideas preestablecidas y algo distorsionadas sobre la escasez de producción del libro peninsular. El cómputo de la producción por pliegos, no por volúmenes, es más representativo de la capacidad impresora de una comunidad y muestra que de las prensas españolas salen, en general, obras vernáculas más extensas que de las francesas, con una producción de pliegos que es prácticamente el doble que la francesa. A lo largo del siglo XVI se observa una reconfiguración de las pautas de producción en los centros impresores y un incremento del consumo a la vez que un aumento en la demanda de libros en lengua vernácula. Como consecuencia de una especialización y experimentación del mercado se modifica el género de libros impresos en centros específicos, y la industria librera responde a la demanda del consumidor y da lugar a una producción similar a la de Inglaterra. Destaca la producción de breviarios y bulas, seguida de los libros de derecho y las ordenanzas, y después, los libros de entretenimiento. Las obras de carácter religioso representan la mitad de la producción. Los centros impresores se especializan en géneros diferentes de libros, publicando en latín o en vernáculo, pero no en ambos. Así, Salamanca produce de forma significativa libros médicos en latín, mientras que Sevilla lo hace de textos médicos en castellano.

Las variaciones impresoras locales y regionales ocupan el artículo de Andrew Pettegree («North and South: Cultural Transmission in the Sixteenth-Century European Book World», pp. 507-520), que explora la relevancia del *Universal Short Title Catalogue* (*Catálogo Universal de Títulos Abreviados*), del que *IB* forma parte, para comprender la complejidad de los intercambios culturales en la Europa moderna. Pettegree estudia el desarrollo de la imprenta en la Europa del siglo XVI, las estimulantes relaciones en el ámbito de la divulgación de la cultura entre mundo de la imprenta y la circulación y el negocio del libro. Las bibliografías nacionales no han dado hasta ahora cuenta de la medida en que cada comunidad lectora nacional se beneficiaba de literaturas llegadas de otros ámbitos geográficos ni han apreciado aspectos como el vigor del multilingüismo o el trasiego incesante de textos a través de las fronteras. Pettegree subraya cómo la nueva geografía del saber modelada por la imprenta reorganiza las nociones establecidas entre centro y periferia, y bosqueja la reconfiguración que la invención de Gutenberg lleva a cabo en la jerarquía tradicional del saber entre el Norte y el Sur de Europa, estudiando el movimiento

de impresores a través de las fronteras y su establecimiento en áreas alejadas de la de su origen. La geografía de la imprenta modela asimismo pautas de lectura que se extienden más allá de un ámbito nacional y Pettegree resalta el disfrute por parte de los lectores de textos bilingües o multilingües, y detalla las condiciones materiales que hicieron posible la extraordinaria repercusión en Francia de ciertos autores italianos, o la importancia del fenómeno de la circulación de textos traducidos. La imprenta propicia el desarrollo de dos mercados internacionales de intercambio cultural: el transnacional del libro en latín y el vernáculo del libro de literatura en traducción. Incesantemente los textos cruzaban fronteras nacionales y lenguas, estimulando un pujante mercado de ideas y teniendo que hacer frente a tres obstáculos que dificultaron el libre intercambio paneuropeo de ideas: el prestigio inamovible de los clásicos, que llegó a convertirse en un impedimento para la diseminación de nuevo conocimiento; la radical división de la cristiandad tras la Reforma, que provocó un mayor control de la producción librera por parte de las autoridades locales; y la diversidad de lenguas, cortapisa para un intercambio cultural internacional fluido.

Tess Knighton («Preliminary Thoughts on the Dynamics of Music Printing in the Iberian Peninsula during the Sixteenth Century», pp. 521-556) muestra que la tecnología para imprimir música estaba presente en España, aunque con ciertas peculiaridades, como expresa el prefacio de Aguilera de Heredia a su volumen de *Magnificats*. La idea, bastante arraigada, de que en la península no se desarrolló la impresión de libros musicales porque no existía demanda, se revela inexacta. A lo largo de rutas comerciales bien establecidas, en España se introducen y distribuyen en masa libros musicales producidos en el extranjero. Se encuentran disponibles en los centros libreros importantes, como Valladolid y Barcelona. Imprimir música requería tipos de calidad, excelente papel y una habilidad especializada, además de una buena distribución del producto, que tenía que ser más amplia que la demanda local. Hay evidencia de que en la península los impresores se prestan entre ellos tipos para la impresión de música y también de que se funden tipos para imprimir música. Los libros de música peninsulares eran especialmente caros de producir y por ello entre sus compradores se encuentran, además de los clientes locales, otros clientes importantes como las catedrales del Nuevo Mundo y otras instituciones eclesiásticas pudientes. Con todo, la impresión de libros de música, en especial de polifonía, fue siempre precaria y vulnerable a cualquier cambio. La impresión de

libros musicales, sobre todo las colecciones de polifonía sagrada, se hallaba en gran parte en manos de impresores franceses y flamencos, mientras que la distribución corría por cuenta del propio compositor. Cuando por fin llegan a España las nuevas técnicas de impresión de música con tipos móviles, las imprentas ya no pueden competir con el amplio desarrollo que han alcanzado las de Francia e Italia y, en menor medida, las de Alemania.

Marinela García-Sempere y Alexander Wilkinson («Catalan and Book Industry in the Crown of Aragón, 1475-1601», pp. 557-574) se preguntan si realmente la producción impresa en catalán justifica la idea de *decadència* que comúnmente se le atribuye. *IB* registra un total de 820 libros impresos en catalán, cifra que revela una producción notablemente mayor de lo conocido anteriormente. A lo largo del siglo XVI se observa una clara continuidad en la producción de libros en catalán, variada en sus temas y consistente con la evolución de la cultura catalana. Desde 1480 hasta finales de la década de 1510 la producción del libro catalán se incrementa en términos numéricos. Sin embargo, el desarrollo de la imprenta no estimula una demanda de textos en catalán, que permanece estable: al final del siglo XVI se publica en catalán el mismo número de libros que al comienzo. Teniendo en cuenta el aumento de población, las transformaciones en los hábitos lectores y en la publicación de impresos, este hecho representa un declive significativo en términos reales de producción. La publicación de impresos en catalán, asentada en dos centros principales, Barcelona y Valencia, era especialmente vulnerable. En Barcelona se produce un colapso general de la impresión de libros en todas las lenguas, que dura hasta la década de 1560. En Valencia, en 1522, se acelera una transformación predominante en la industria, que se aprovecha de las oportunidades comerciales y culturales que desde el comienzo del siglo favorecen publicar en castellano. Al adoptar el castellano como lengua literaria, Cataluña y Valencia expanden sus horizontes culturales y mejoran sus oportunidades comerciales. *IB* ayuda a identificar gustos lectores y tendencias generales. Las universidades y las profesiones liberales generan una demanda impresa específica: libros de gramática, filosofía, medicina y leyes. Géneros como la astronomía, la caza o la cocina están mínimamente representados en la producción catalana. Proporcionalmente, se produce una disminución notable en la producción de libros de literatura y obras religiosas, mientras que se incrementa la del libro jurídico. En la esfera religiosa, hay diferencia en la cantidad y tipo de obra impresa en la primera y la segunda mitad

del siglo, con un importante decrecimiento del número de libros religiosos a partir de 1550. A pesar de que impresores, librerías, autores y lectores evitan el catalán en favor del castellano como idioma literario, es reveladora una comparación con otras regiones europeas con lenguas minoritarias. La producción per cápita en catalán en Valencia y Barcelona es el doble que la de Portugal o Escocia en su lengua vernácula, y cuando se considera la producción total en cualquier lengua vernácula, Valencia produce más libros per cápita que Inglaterra, uno de los lugares con mayor producción.

Luna Nájera («Contesting the Word: The Crown and the Printing Press in Colonial Spanish America», pp. 575-596) proporciona un panorama de los diversos géneros de obras que se imprimen en México y se ocupa de las reacciones del Consejo de Estado, que se propone ejercer jurisdicción y autoridad sobre sus súbditos españoles y amerindios ante la publicación de estudios etnográficos, libros de historia y tratados teológicos que debaten temas como el papel y la actuación de la Corona en el Nuevo Mundo. Sometida al control del Consejo de Indias, prácticamente la mitad de la producción impresa en el siglo XVI es de libros religiosos, de género similar al que se encuentra en España y otras partes de Europa: biblias, evangelios, sermones, teología medieval, catecismos, libros de coro, horas, misales, de rezo, confesionales, además de libros litúrgicos, bulas papales, indulgencias, decisiones de concilios y temas semejantes. Otra categoría que sobresale, relacionada asimismo con la literatura religiosa, son las traducciones a lenguas amerindias, y las compilaciones de vocabularios, léxicos y gramáticas en una variedad de lenguas nativas, gracias sobre todo a la notable contribución de franciscanos, dominicos y agustinos y a su interés por entablar un diálogo con los nativos en sus propias lenguas. *IB* proporciona un panorama certero de la variedad de lenguas en las que los misioneros se desarrollaron para la evangelización y estrategia de conversión. Más de la mitad de las traducciones a lenguas nativas de la *Doctrina Cristiana* son al náhuatl, pero hay traducciones también al huasteco, contra, mixteco, otomí, tarasca, zapoteca o tepuzculano. Igual ocurre con las traducciones de los confesionales. Destacan asimismo las ediciones bilingües de la *Doctrina Cristiana* en náhuatl y español, zapoteca y español, huasteca y español, e incluso las ediciones trilingües. Otros libros didácticos, a veces dos productos combinados en uno, como las cartillas de doctrina cristiana, presentan también una producción copiosa. Siempre dentro del ámbito de una producción impresa ligada a los intereses de la

Iglesia y la Corona, existe una notable producción en español de libros litúrgicos para guiar al clero en sus relaciones con las poblaciones indígenas. La fundación de la Universidad de México en 1551 y otras instituciones del saber estimulan la producción de libros académicos, y la impresión de tratados filosóficos y científicos y de historias locales, así como de libros científicos europeos, como las obras de Aristóteles, que se imprimen en México. Por su parte, los libros que tratan de las Indias o se ocupan de la regulación de las relaciones sociales o los impuestos, entre otros temas, están sometidos a mayor control ideológico y tienen dificultades para poder ser imprimidos. Otros problemas que limitan la impresión local de textos son el alto coste de la importación de papel y el hábito de compra de los consumidores locales: se ha demostrado que las elites hispanas y locales importaban libros desde España y otros centros europeos, a pesar del coste y riesgo que ello entrañaba.

Peter Lahiff («Printing, Patronage and Preferment: The Works of Andrés Laguna and the Dynamics of Humanist Publication in the Sixteenth Century», pp. 597-608) examina desde una perspectiva novedosa el itinerario asimilacionista de Laguna, converso segoviano de segunda generación, que mediante una estrategia de medro busca prestigio social. Analiza la trayectoria de publicaciones en las varias etapas de su carrera médica y los dedicatorios de sus obras. Laguna se sirve de la imprenta no tanto para lograr un impacto en el ámbito cultural o médico, sino para conseguir el acceso a los círculos del poder y asegurarse un lugar al amparo de los más poderosos. Solo a finales del siglo XVI comienzan los impresores a pagar a los autores una comisión por imprimir obras que pensaban que tendrían una venta provechosa y las dedicatorias son clave para facilitar la publicación impresa de la obra y ayudar al autor a cubrir costes, alcanzar prestigio, favorecer la circulación de los textos y evitar el pirateo. Sin embargo, Laguna invierte en muchos casos la norma de prioridad: las obras son apéndices de las dedicatorias, según una práctica denunciada por Giovanni Fratta en el diálogo *Della dedicatione de' libri* (Giorgio Angelieri, Venecia, 1590), donde critica el uso mercenario de las dedicatorias por parte de los autores, interesados más en sacar provecho que en predicar virtud. Aunque Laguna no cultiva los peores aspectos de las *pluridediche*, en muchas ocasiones incluye a varios dedicatorios en una misma obra, y siempre prevalece el anhelo de alcanzar algún beneficio. Lahiff repasa con detalle las diferentes dedicatorias que Laguna insertó a la cabeza de sus obras en sus recorridos por Europa y señala cómo muchas veces las obras en sí carecen de validez científica

o doctrinal porque su importancia reside precisamente en el acto mismo de la dedicatoria. Asimismo, Lahiff recuerda cómo Bataillon considera que las dedicatorias de los escritos de Laguna revelan hábitos de disimulo aprendidos a lo largo de generaciones por los judíos españoles. Para congraciarse con una elite cultural, en vez de usar sus conocimientos médicos, Laguna prefiere otras herramientas filológicas aprendidas en su educación humanista. Logra así un *cursus honorum*, convertirse en médico honorario del pontífice y en súbdito relevante del rey de España, y amparar bajo el escudo real su *magnum opus*. En su carrera como médico humanista no solo hay un deseo de beneficio económico, sino también, como se ha dicho, un anhelo de prestigio social, reconocimiento profesional y protección y cercanía con los cortesanos más poderosos. La imprenta es una herramienta crucial para hacer posible tal ambición.

Clive Griffin («*Cruz de Cristo: A Strange Case of Printing in Sixteenth-Century Seville*», pp. 609-634) estudia *Cruz de Cristo*, escrito que parte de una rara compilación con el mismo título impresa en 1543, con reimpressiones en 1545 y 1547. El texto es prohibido por la Inquisición y en 1569 se mandan recoger todas las copias y se incluye en el índice de Quiroga en 1583. Sobrevive solo un ejemplar de la primera edición (Biblioteca Nacional de Lisboa). Poco se sabe de su autor, Francisco de Hevia, franciscano de la provincia de Santiago. Escrito en castellano, de forma clara y sencilla, *Cruz de Cristo* propicia la oración afectiva y mental, estimula una contemplación íntima e intensa del sacrificio de Cristo, y refleja la popularidad en aquel momento de obras contemplativas centradas en la Pasión. El opúsculo forma parte de un corpus de textos interesados en explicar en su propio lenguaje conceptos religiosos a lectores no eruditos, algo considerado imprudente por los teólogos conservadores. Griffin examina el proceso de impresión de la obra, típica edición barata de textos devocionales, en octavo, sin ilustraciones, con letra gótica, en 21 pliegos. *Cruz de Cristo* es, en apariencia, obra producida por Cromberger, quien por esos años está publicando numerosos textos de tales características. Sin embargo, ciertas diferencias hacen sospechar que, aunque el colofón así lo indique, el texto no ha salido de las prensas de Cromberger. Examinando las características materiales del libro impreso en Sevilla por talleres de menor envergadura, sus prácticas impresoras y letrerías, y centrándose en especial en el trabajo de los hermanos Estacio y Simón Carpintero, Griffin identifica al probable auténtico impresor. Griffin reflexiona sobre las posibles causas de la impresión de *Cruz de Cristo*, y sobre todo

del falso colofón. El análisis detallado del primer pliego proporciona valiosos datos, ya que las dos letras góticas usadas en la portada son material tipográfico perteneciente a los Cromberger. Griffin llega a la conclusión que una vez impresa la obra, y por causas que desconocemos, el taller de Cromberger reimprime ese pliego inicial y se descarta la página original de título impreso por Carpintero. Es posible que contuviera algún error, y por ello se insertara en su lugar la impresa posteriormente por Cromberger. Esta teoría sugiere que la impresión de *Cruz de Cristo* realizada por Carpintero no es una impostura, sino un encargo de Cromberger al impresor menor. Algún percance ocurrió al imprimirse la portada, que tuvo que rehacerse. Estaríamos ante un proceso de *outsourcing* o subcontrata de una imprenta sevillana a otra: un obrador que encarga a otro un trabajo de impresión, fenómeno infrecuente, difícil de detectar y poco estudiado hasta el momento, pero importante.

Terence O'Reilly («Early Printed Books in Spain and the *Exercicios* of Ignatius Loyola», pp. 635-664) examina cómo utilizan los libros de devoción sus primeros lectores, qué hábitos de lectura inspiran, qué tipo de piedad sugieren y en qué medida allanan el camino a las revueltas religiosas de la década de 1520. A través de un caso concreto —el papel formativo que los textos impresos tienen en Ignacio de Loyola, el modo en que los lee, y el impacto en la gestación de sus *Ejercicios espirituales* (Antonio Bladio, Roma, 1548)—, O'Reilly ofrece una respuesta parcial a esas cuestiones. Al comienzo de la década de 1520, cuando Ignacio se convierte, no lee latín y sus lecturas se limitan a textos en vernáculo. Conservador en su lectura, Ignacio gusta de los textos de sus contemporáneos. Diversas obras del medioevo influyen en los *Exercicios*, obra que se compone a lo largo de un periodo dilatado de tiempo, pero estos difieren de sus fuentes de manera relevante. Los libros que lee y forjan la piedad de Ignacio son todos escritos de devoción. Su modo de leer esos textos está encauzado por sus recuerdos de la literatura cortés y caballeresca de la que tanto disfrutaba de joven, y por su amor a los cancioneros, popularizados por la imprenta. Su experiencia personal remodela los elementos tradicionales cortesanos y devocionales de los textos que lee. Se ha podido identificar parte de sus lecturas y de sus hábitos lectores: Ignacio copia pasajes con tintas de dos colores, en tinta colorada las palabras de Cristo, en azul las de la Virgen. En estas prácticas O'Reilly considera que Ludolfo de Sajonia es un influjo decisivo también en consideraciones de detalle, como muestra la coincidencia de palabras, imágenes e ideas. En Ludolfo y en Ignacio se ve el interés por relacionar con la vida del lector o ejercitante la

escena considerada. Ignacio no ofrece una guía específica, una reflexión determinada, sino que deja libre al ejercitante para pensar la escena de un modo personal, mientras que Ludolfo pondera con palabras propias la significación de cada escena. Otras influencias que recibe Ignacio son las que le llegan a través de la lectura de *Imitatio Christi*, de Tomás de Kempis, cuyo estilo se muestra en los *Exercicios* en rasgos como las afirmaciones generales de tipo aforístico, en muchos casos con paralelos, y en el contenido y modo de expresión. El modo en que Ignacio se acerca a sus fuentes invita a una lectura lenta y reflexiva, dirigida al intelecto, la imaginación y la voluntad, la experiencia propia del lector. Ignacio no tiene empeño de que se lean sus *Exercicios* de forma seguida, de principio a fin. Aspira a que quien dirige los ejercicios lo use como manual, referencia y orientación. Es sintomático que no circula la primera edición impresa de sus *Exercicios*, sino que Ignacio se la reserva para distribuirla personalmente a aquellos miembros de la sociedad que considera capaces de dirigir ejercicios espirituales. Ese tipo de transmisión oral tiene una importancia crucial para el texto impreso en el comienzo de la imprenta. Los *Exercicios* se sitúan así tanto en la tradición oral como en la cultura impresa, forman parte del ámbito de libros impresos «leídos» a través del oído por quienes no saben leer. En cierta forma, los *Exercicios* logran acercar lo popular y lo erudito.

Como habrá quedado claro a lo largo de estos párrafos, nos hallamos ante un conjunto de valiosos artículos que nos brindan una serie de nuevas perspectivas en el acceso a la información de la producción impresa ibérica del siglo XVI y nos familiarizan con las múltiples potencialidades del catálogo *Iberian Books*. Los interesados en la historia del libro hispánico moderno encontrarán en el catálogo y también en este número del *Bulletin of Spanish Studies* importantes instrumentos para sus futuras investigaciones.